

SAN ANDRÉS DUNG-LAG y compañeros (24 de noviembre)

APROXIMACIÓN A LOS MÁRTIRES DE VIETNAM,
siguiendo a E.Lodi, o.c., p. 504ss

Esta memoria obligatoria de los ciento diecisiete mártires vietnamitas de los siglos XVIII y XIX, proclamados santos por Juan Pablo II en la plaza de San Pedro el 19 de junio de 1988, celebra a mártires que ya habían sido beatificados anteriormente en cuatro ocasiones distintas: sesenta y cuatro, en 1900, por León XIII; ocho, por Pío X, en 1906; veinte, en 1909, por el mismo Pío X; veinticinco, por Pío XII, en 1951. No sólo son significativos el número insuperado en la historia de las canonizaciones, sino también la calificación de los santos (ocho obispos, cincuenta sacerdotes, cincuenta y nueve laicos), la nacionalidad (noventa y seis vietnamitas; once españoles; diez franceses), el estado religioso (once dominicos; diez de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París; otros del clero local, más un seminarista), el estado laical (muchos padres de familia, una madre, dieciséis catequistas, seis militares, cuatro médicos, un sastre; además de campesinos, pescadores y jefes de comunidades cristianas). Seis de ellos fueron martirizados en el siglo XVIII; los demás, entre 1835 y 1862; es decir, en el tiempo del dominio de los tres señores que gobernaban Tonkín, Annam y Cochinchina, hoy integradas en la nación (única) de Vietnam. En gran parte (setenta y cinco) fueron decapitados; los restantes murieron estrangulados, quemados vivos, descuartizados, o fallecieron en prisión a causa de las torturas, negándose a pisotear la cruz de Cristo o a admitir la falsedad de su fe.

De estos ciento diecisiete mártires, **la fórmula de canonización ha puesto de relieve seis nombres particulares, en representación de las distintas categorías eclesiales y de los diferentes orígenes nacionales.** El primero, del que encontramos una carta en el oficio de lectura, es Andrés Dung-Lac. Nació en el norte de Vietnam en 1795; fue catequista y después sacerdote. Fue muerto en 1839 y beatificado en 1900. Otros dos provienen del centro y del sur del Vietnam. El primero, Tomás Tran-Van-Thien, nacido en 1820 y arrestado mientras iniciaba su formación sacerdotal, fue asesinado a los dieciocho años en 1838; el otro es Manuel Le-Van-Phung, catequista y padre de familia, muerto en 1859 (beatificado en 1909). Entre los misioneros extranjeros son mencionados dos españoles y un francés. El dominico español Jerónimo Hermosilla, llegado a Vietnam en 1829, vicario apostólico del Tonkín oriental, fue muerto en 1861 (beatificado en 1909); el otro dominico, el obispo vasco Valentín de Berrio Ochoa, que llegó a Tonkín en 1858, a los treinta y cuatro años, fue muerto en 1861 (beatificado en 1906). El francés Jean-Théophane Vénard, de

la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París, llegó a Tonkín en 1854 y fue asesinado a los treinta y dos años (beatificado en 1906): sus cartas inspiraron a santa Teresa de Lisieux a rezar por las misiones, de las que fue proclamada patrona junto con san Francisco Javier.

Estos mártires, de condición tan diversa, permanecieron fieles a la cruz de Cristo, hasta soportar tormentos inenarrables: a algunos, atados a un poste, se les arrancó la lengua con un lazo; otros fueron decapitados, condenados a morir de hambre, aserrados de modo horrendo o descuartizados; otros, por fin, encerrados en cavernas como fieras, o bien expuestos al ardor del sol y de la sed, o sometidos a flagelaciones, cadenas y desolación de la cárcel. Como dice san Cipriano, fueron más fuertes que los tormentos.



El Papa en su homilía de canonización, muestra el valor de actualidad de este extraordinario testimonio en un país martirizado, que cuenta hoy con seis millones de católicos (el diez por ciento de la población) y veinticinco diócesis regentadas por obispos nativos, al afirmar: **«Los mártires vietnamitas, sembrando entre lágrimas, en realidad iniciaron un diálogo profundo y liberador con la población y la cultura de su nación,** proclamando ante todo la verdad y la universalidad de la fe en Dios y proponiendo, además, una jerarquía de valores y de deberes particularmente adecuada a la cultura religiosa de todo el mundo oriental... Ante las imposiciones coactivas de las autoridades acerca de la práctica de la fe, ellos afirmaron su libertad para creer, sosteniendo con humilde valentía que la religión cristiana era la única cosa que no podían abandonar, pues no podían desobedecer al supremo soberano: el Señor. Además afirmaron con vigor su voluntad de lealtad a las autoridades del país, sin contravenir a todo aquello que fuera justo y recto; y enseñaron a respetar y venerar a los antepasados, según las costumbres de su tierra, a la luz del misterio de la resurrección. La Iglesia vietnamita, con sus mártires y mediante su testimonio, ha

podido proclamar su voluntad y su compromiso de no rechazar la tradición cultural y las instituciones legales del país; al contrario, ha declarado y demostrado que quiere encarnarse en ella, contribuyendo con fidelidad a la verdadera edificación de la patria».

También hoy se trata de conciliar nuestra tradición cultural y la fidelidad cívica con la profesión de una vida inspirada en el evangelio de la cruz, sin concesiones y, si es necesario, hasta el heroísmo.

ORACIÓN: OH, Dios, fuente y origen de toda paternidad, tú hiciste que los santos mártires Andrés y sus compañeros fueran fieles a la cruz de tu Hijo hasta el derramamiento de su sangre, concédenos, por su intercesión, difundir tu amor entre los hermanos y que nos llamemos y seamos de verdad hijos tuyos. Por Jesucristo N.S.